

mente presuntuoso. No imponga V. más condiciones que las atañederas al decoro y libertad literaria, que en toda ocasión y á toda costa deben conservarse. No admita V., por ejemplo, que le impongan un título llamativo ó una ilustración grotesca; en cambio no regatee V. los ejemplares de que ha de componerse la tirada, ni trate V. de *sacar raja*, como vulgarmente dicen. Advierta V. que el industrial, al asociarse con V., principiante, deposita en V. una confianza, corre un albur, que exige de parte de V. toda complacencia no reñida con el honor.

No use V. por costumbre seudónimos, ni imprima jamás anónimos. Lo primero á nada conduce, toda vez que hasta los gatos saben el nombre del autor; pero al menos no es indelicado ni se presta á servir de máscara al libelo. En rarísimas circunstancias es lícito encubrir la procedencia de una página y la mano que la trazó. La persona que se estime, debe estar siempre dispuesta á reconocer su

prole literaria, y á decir como los héroes de Zorrilla:

« Y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él. »

Ya hemos llegado al momento en que el libro, á expensas de V., ó del editor magnánimo que quiere apadrinar su primera misa, va á entrar en prensa.—Ahora comienza V. á tener que fijarse en una serie de detalles minuciosos, que todos y cada uno tienen su valor y concurren, aunque en parte mínima y relativa, al éxito del libro.—No los he de puntualizar: me contentaré con indicaciones generales, encargando á V. mucho que huya como del fuego de esas ridículas portadas, donde aparece, muy mal grabado y asaz borroso, el retrato del autor.—Si ni sus medios de V. ni la generosidad del empresario alcanzan á un buen grabado en acero, renuncie V. á que conozcan su geta las edades futuras.—La estimación que sin saber por qué me ha inspirado su carta, me hace titu-

bear al dirigirle otra recomendación que casi me parece ofensa:—no permita V. tampoco frontispicios *verdes*, mujeres vestidas á la ligera, grupos expresivos, ni cosa que trascienda á tal. El arte tiene sus fueros, y no les impondré límites pueriles; pero bien ciego es quien no ve por tela de cedazo, y esos adornos de mal gusto son cosa distinta de los fueros susodichos.—Coloque V. al frente de todas sus obras el año de publicación: hoy se va arraigando la mala costumbre de suprimirlo, y es un rasgo mercantil indiscreto, porque hay libros siempre viejos y otros siempre jóvenes, y quien suprime el año en los suyos los equipara á las coquetas vencidas, que quieren encubrir la edad con artificios necios.—Cuide V. todo lo posible del primor y limpieza de la edición. Nuestro primer escritor satírico, Antonio de Valbuena, tiene observado que los libros destinados á no venderse salen siempre muy nítidos de edición, en rico papel y claros tipos: no negaré que así sea en muchos casos: pero

también tengo reparado que abundan en los puestos de viejo esos libracos hechos de cualquier manera, en papel de estraza, con caracteres gastados y feos, con gazapos de paginación y erratas de monta. Esmerarse en la vestidura de los libros forma parte del código de la buena crianza editorial. Y no me arguya V. que yo he pecado en esto mucho y se han publicado libros míos que da rabia verlos, ó daba, porque, loado sea Dios, ya se agotaron y no deshonran ningún escarapate con su facha.—Yo no estaba en Madrid cuando se hicieron tales ediciones, y las que dirigí en persona, sin tener pretensiones de lujo (el lujo excesivo lo repruebo también, á no ser puro capricho de bibliófilo) son esmeradas y correctas.

Esto es lo único que puedo decir á V., como indicaciones generales respecto á la edición. Todo lo demás depende de las circunstancias en que V. se halle; del humor, del bolsillo, de mil pormenores que yo no puedo prever.—Y vamos adelante

con la hipótesis, y calculemos que ya tiene V. en su poder, ó en el del editor, administrador ó quienquiera que sea, la edición muy empaquetadita, despidiendo el grato olorillo húmedo y picante del papel nuevamente impreso, y alegrando la vista con las satinadas cubiertas y los prensados pliegos bien juntos, como soldados en orden de batalla.— Ahora se le ofrecen á V. dos problemas que vienen á fundirse en uno solo: 1.º, que el público sepa que se ha publicado un libro de V., y se forme idea aproximativa de lo que contiene, estimulándose á comprarlo: 2.º, que sabedor ya de la publicación y barruntando el contenido, lo compre.

Para conseguir lo primero, preludeo inexcusable de lo segundo, es de rigor que la prensa notifique al público la aparición de la obra. Cosa sencilla y clara, que viene luego á complicar una serie de mendacidades del orden literario-chismográfico. Probaré á que V. las comprenda y tase en su valor.

Es axioma comercial que el que no

anuncia no vende; porque no ha de llamarse vender un artículo (y, comercialmente, *artículo* es el libro) á despachar un ciento, y en paz; á sustituir la *publicación* con el *secreto mal guardado*. Libros que corren tal destino recuerdan los depositados en casa de Navamorcuende, del epigrama famoso. La costumbre quiere que los libros se anuncien en las hojas periódicas en forma comendaticia, acompañados de algún adjetivo más ó menos lisonjero para el autor y para la obra. Esto se practica con toda publicación, y no se estila en los diarios insertar sueltos como el que sigue: «El Sr. N. ha dado á luz una obra detestable, que se titula así ó asado. Recomendamos á nuestros constantes subscriptores procuren no adquirirla, porque malgastarían el dinero.»—Alguna vez sobraré motivo para estampar este juicio; lo que digo es que no se acostumbra, ni aun se hace por extraordinario. El suelto comendaticio es lo corriente y universal; y este suelto es correspondencia al envío del libro á la

redacción, envío reforzado (á no mediar estrechas amistades) por alguna excitación verbal ó escrita á la persona que puede activar la inserción del anuncio consabido.

Ningún valor tiene el tal suelto, claro está, en concepto de *crítica*. La profusión de libros ensalzados en las secciones bibliográficas de la prensa; la confusión de materias y de autores que en ellas se advierte; la precipitación del juicio y su carácter impersonal, hacen que, insisto en ello, se reduzca su valor al de *anuncio*. Un libro muy entretenido que acaba de publicarse, y aunque algo caricaturesco, no deja de encerrar gran fondo de verdad, el *Manual del perfecto periodista*, dice lo siguiente al tratar de la *Sección bibliográfica*: «El periodista puede hacerlo todo, menos lo que debía hacer más: leer. Pero, ¿cuándo y cómo? Los Consejos de ministros, los intereses del momento, los sueltos del día, las algaradas de la noche le absorben de ordinario y en absoluto el tiempo. Habla del libro que se pone á la

venta, la mayoría de las veces, por lo que de él oye hablar; si alabanzas le tributa el público, alabanzas acumula aquél en el periódico; si ese mismo público le censura, el periodista que sabe hacerse cargo del esfuerzo que supone una obra por insignificante que sea, de las ilusiones que en ella se cifran, de los porvenires de color de rosa que sintetiza para su creador, se limita á dar cuenta de la aparición de la obra, sin hacerse eco de la crítica y las censuras populares tan injustas casi siempre como sus alabanzas y ponderaciones.»

Ya lo ve V.: el suelto comendaticio, ó tolerante por lo menos, es valor entendido, consecuencia de remitir el ejemplar, lo mismo que responder «¿Bien, y V.?» cuando nos preguntan como estamos. Estas fórmulas de cortesía entre personas consagradas al manejo de la pluma, yo las apruebo, y por tanto encargo á V. que no las omita, es decir, que no deje de repartir los ejemplares de rigor entre la prensa diaria de alguna circulación y

valía. Porque si el suelto que á V. dediquen en justa reciprocidad no entraña significación crítica, de ningún modo debe V. desdeñar su valor de anuncio.

Al proceder al reparto, hágalo V. como deben hacerse todas las cosas en el mundo: *bien* y del *modo más conducente á su fin*. Quiero expresar que no debe V. limitarse á distribuir por las redacciones una veintena de ejemplares dejándolos allí entregados al azar, cual se lanza una carta sin interés al buzón del correo. Lea V. en el *Manual del perfecto periodista* la suerte que corren los libros sembrados así. « Los ejemplares llegan seguramente hasta la portería del diario, sobre todo si el autor en persona se toma la molestia de dejarlos en ella. Lo que ocurre después es un arcano... » « Pero si quien vaya buscando en una redacción al bibliógrafo se saldrá como haya entrado, es posible que tropiece con el bibliómano empedernido que acapara cuantos volúmenes halla al alcance de sus manos, con los cuales va *cucamente*

formando su biblioteca económica. » Ea, ya está V. enterado. Eche V. volúmenes á granel, y recojerá... lo que se deduce de esos substanciosos parrafillos.

Voy á decirle á V. lo que suelen hacer nuestros literatos en casos semejantes. Visitan en la redacción al director ó al redactor que les es más propicio, y le ruegan que no olvide anunciar la aparición de la obra. Yo no hago el más leve misterio de que también procuro refrescar la memoria de los periodistas para este fin; sólo que, por mi sexo, no lo hago en persona: envío unos cuantos renglones. Y celebro la ocasión de declararlo, porque no ha faltado quien interpretase esta acción corriente y usual como muestra palpable de mi gran vanidad, ya legendaria (V., á fuer de novicio, sabrá que yo soy el literato más vanidoso de España, y aun de Europa: esta noticia es de las primeras que se dan en los cafés á los *isidros* de las letras.) No ha llegado sin embargo mi vanidad al extremo de pedir nunca á

periodista ni crítico alguno que *ensalce* mis obras; y debo suponer que los demás escritores, modestísimos en comparación mía, tampoco se habrán permitido directa ni indirectamente insinuaciones semejantes, pues en estos asuntos no hay que dar crédito á la maledicencia, ni hacer el menor caso de lo que le cuentan á uno al oído, así venga corroborado con testimonios fehacientes.

Lo último, es decir, la solicitud de elogios, se la prohíbe á V. estricta, severa y rotundamente mi moral práctica. No lo haga V. nunca, en primer lugar por feo, en segundo por inútil. Al público se le puede avisar, excitar, despertar para que se fije en un libro; no engañarle acerca de su verdadero mérito. No traiga, no, el anzuelo tan fácilmente el buen público, y ni para acreditarlos ni para desacreditarlos valen periódicos ni articulistas.

No por eso desdeñe V., se lo repito, la publicidad periodística. No omita V. la gestión del anuncio. Los periódicos se lo

deben á V. y á todo escritor, en virtud de un derecho consuetudinario, lo cual no impide que V. tenga siempre que agradecerles,—y de veras, y sin remilgos hipócritas,—no sólo el auxilio que en esa forma le prestan, sino muy especialmente lo supererogatorio que hagan por V.: todo lo que, rebasando del anuncio, raye en el elogio, porque siempre implica distinción y preferencia otorgada á su libro de V. entre los dos ó tres libros que diariamente salen al mercado. Está en moda fingir desdén hacia la prensa; crea V. que en esto hay mucho de la conocida fábula de las zorra y las uvas. Aunque llegue V. á poseer indiscutible fama; aunque se gane V. á punta de lanza un auditorio, el que se lo aumenta con un lector es acreedor á gratitud. Y no hay celebridad que exima del anuncio. ¿Quién más renombrado que Zola? Pues Zola anuncia sus libros en la *Bibliographie de la France*, á tanto la línea.

Fijese V. bien en mi programa y cuide de distinguir, que en esa distinción estrí-

ba todo el *quid* del asunto.—No solicite V. elogios por ningún medio: *publicidad*, sí. Yo no pido á los periódicos sino lo que practico en el TEATRO CRÍTICO. Libro que me envían, lo anuncio si no lo juzgo. Nadie hasta la fecha (es de conciencia que lo declare) me ha pedido incienso; el anuncio sí que me lo piden todos, ó expresa ó tácitamente, pues al remitirme un libro se colige que no es (con rarísimas excepciones) por sólo el gusto de que acrezca mi librería.— Y si algunas personas me ruegan que no me limite á anunciar, sino que diga mi parecer respecto á la obra, no por eso he de figurarme que pretenden verla ensalzada: ningún derecho me asiste para sospechar sino que pretenden saber mi opinión, (aunque presumo que la desean favorable, como la deseamos todos los autores, si á la vez creemos sincero el encomio.)

Todo esto que voy hilando es para que V. se prevenga contra dos opuestos escollos: el afectado retraimiento, y la extemporánea é indelicada imposición del re-

clamo. Ni tanto acá, ni tanto allá, ¡oh neófito!— Mas ya las dimensiones de esta carta me asustan, y como me queda bastante que advertirle, me paro en seco, y me despido de V. hasta el número de Marzo.

